



### MI GOZO EN UN POZO



Ó como dirá el Sr. León y Castillo, si ha aprendido ya el francés que usan los diplomáticos fusionistas:

*—Ma joie dans un puits!*

¿Se acuerdan ustedes de aquel D. Raimundo Menéndez Orra, que fundó en Santander la Iglesia Católica Apostólica Española, sufriendo violen-

ta persecución, de la cual salió libre y triunfante, merced á una sentencia del Tribunal Supremo?

Pues entre las varias felicitaciones de Pascuas que he tenido el gusto de recibir en estos días, ha venido una de dicho señor Menéndez Orra, obispo espontáneo y autónomo.

Mucho he agradecido el recuerdo; pero

¡oh dulces prendas por mi mal halladas!

valiera más que no hubiese llegado á mis manos la tarjeta, y demás, en que me saluda el prelado rojo y gualda.

Su Ilustrísima (ó Su Fresquísima, ó como sea el tratamiento que se deba dar á los obispos nacionales) ha dado al traste con mis más gratas ilusiones y mis más risueñas esperanzas.

Risueñas, sobre todo.

Yo había soñado—por puro amor al arte y á las cosas de mi tierra—con que el señor Menéndez Orra nos obsequiaría con una Iglesia cuya liturgia se acomodara á nuestros usos más castizos y á las prácticas exclusivamente españolas.

Oiremos—me decía yo—la misa en romance, y en vez del *¡alleluia, alleluia!* escucharemos el Sábado de Gloria un *¡ole, ole!* que regocijará á los más austeros.

Desaparecerán los órganos, y serán sustituidos por orquestas de guitarras y bandurrias.

La campanilla con que se ayuda á misa será reemplazada por un buen par de castañuelas.

El incienso, producto extranjero, se trocará por uno nacional; y en los incensarios actuales se echarán... puñados de tabaco.

Hasta las especies del pan y el vino, si el Sr. Menéndez Orra llevaba la reforma hasta sus últimas y lógicas consecuencias, se hubieran cambiado por otras en forma de buñuelos y aguardiente.

¡Qué hubiera sido oír los himnos de la Iglesia puestos en castellano al alcance de todas las inteligencias, no por un Carulla heterodoxo, sino por poetas de casta y raza, tales como Ricardo de la Vega, Javier de Burgos y Eduardo de Palacio!

Para la versión del *Dies iræ*, del salmo *Miserere*, y demás cantos funerales, el poeta indicado sería D. Antonio Cánovas, cuyos versículos partirían indudablemente todos los corazones y harían llorar á las mismas piedras.

¿Y la música religiosa?

¡Qué fértil y extenso campo para el Luteo santanderino!

Si Estrañi fuera su Melanchton, le conven-

cería mejor que yo del éxito portentoso y rápido que hubiera alcanzado planteando su reforma por seguidillas, ora manchegas, ora gitanas, ora... *pro nobis*.

Agua, y agua de rosas, se le hará la boca á mi ilustre amigo el maestro Barbieri, pensando en que él, y sólo él, hubiera sido el Palestrina de este movimiento religioso y musical. ¡Qué nuevo *Pange lingua* en competencia con la marcha de *Pan y Toros*, y qué nuevo *Tantum ergo* á la altura del pasacalle de *La familia del tío Maroma!*

Eran tales los horizontes y perspectivas que descubriría á mi patriótica imaginación la reforma iniciada por D. Raimundo Menéndez Orra,

que aún no cabe lo que siento  
en todo lo que no digo.

Alarmábame tan sólo, como conocedor y nada enemigo de los gustos regionalistas, y aun particularistas, que dominan de Irún á Tarifa y desde Vigo á Puigcerdá, las divisiones y subdivisiones que no hubieran tardado en surgir, apareciendo aquí la Iglesia Católica Manchega y allí la Iglesia Católica Catalana, y allá la Iglesia Católica Extremeña, y acullá la Iglesia Católica... á la Vizcaína.

¡Sin contar con la Maragata, y la Charra, y la Alcarreña!  
Bossuet y su *Historia de las variaciones*



de las iglesias protestantes se quedarían reducidos al tamaño y valor de un ochavo moruno, ante lo que tendría que contar un historiador de las variaciones de la Iglesia Católica Andaluza.

Figúrense ustedes solamente lo que daría que decir y que hacer la Iglesia Católica Sevillana (Evangelio según el *Espartero*), enfrente de la Iglesia Católica Cordobesa (Evangelio según *Guerrita*).

Estas contingencias me hacían temer por la empresa del Sr. Menéndez Orra; pero ¿quién sabe si esa misma variedad, sin dañar la unidad del pensamiento, no hubiera sido eficaz y segura prenda de armonía?

De todas suertes, mi sueño se ha desvanecido y mi gozo ha caído en un pozo, al recibir la tarjeta, y demás, del Sr. Menéndez Orra.

La tarjeta trae un *God Bless you this Christmas* que me ha partido por el eje, amén de unos versitos de Stanford y un *cachito* de salmo en inglés, que me han doblado por la mitad; y lo demás á que he aludido anteriormente es nada menos que una hojita de propaganda protestante, venida directamente de Escocia.

¡Si al menos fuera legítimo bacalao!...

Y para que veamos—¡vaya un consuelo!— que en todas las Iglesias cuecen Carullas, la hojita contiene versos por este estilo:

«Tal como soy, Jesús, recibirásme  
Con perdón, con gracia, alivio y consuelo,  
Y porque en tu promesa he confiado,  
¡Oh Cordero de Dios! acudo, vengo.»

¡Ah, Sr. Menéndez Orra! ¡Para este viaje á la Sociedad Bíblica de Londres no se necesitaban alforjas españolas!

No es usted el reformador soñado... Tenemos que retirarles nuestra confianza para concedérsela á Luis Aceituno.

Inclínese usted ante la superioridad práctica y la popularidad indiscutible del *Santo de Valdepeñas*.

Diciembre de 1889.



## EL CEMENTERIO

á domicilio.



**A**UNQUE, según el poeta,

los inventos del siglo diecinueve  
no son para tratados por la plebe,

quiero tratar hoy de uno de los más nota-

bles con que se despide de la humanidad

el siglo del vapor y del buen tono,

como lo llamó Bretón de los Herreros, cuando aún no se había convertido en el siglo de la electricidad y de las polémicas entre los neos.

Debemos este invento (es decir, lo deberá el que no pague las cuentas al inventor), á un doctor Cooper, de Pittsburg, en los Estados Unidos; *cuyo* país es en nuestros tiempos la tierra de promisión de los inventores y los audaces.

¡No más entierros! ¡No más embalsamamientos! ¡No más cremaciones!

He ahí la parte negativa del programa del doctor Cooper.

La positiva consiste en traer el cementerio á domicilio, proporcionando á las familias el medio de conservar los restos de las personas queridas en forma de "cadáveres para andar por casa."

El doctor Cooper somete los cuerpos á una presión hidráulica—á gran temperatura—que los condensa "en una masa compacta, inalterable y sin olor, con la apariencia del mármol."

Así dice en sus prospectos el apreciable *condensador de difuntos*; y no sólo lo di-

ce, sino que empieza por predicar con el ejemplo.

Encima de la mesa de su despacho tiene un sujetapapeles de elegante forma.

—¡Hombre! ¡Bonito chirimbolo!—dice un amigo que lo ve.

—No es un chirimbolo—responde el doctor, dando un cariñoso beso al sujetapapeles;—es mi hijo Fulanito, que murió hace cinco años.

El amigo se cree obligado á dar otro besito al *bibelot* (que un aficionado á retruécanos llamaría en este caso *bebelot*, por tratarse de un *bebé*), y á pocas dotes de Gedeón ó Calino que le haya concedido la Naturaleza, se apresura á decir con más ó menos turbación:

—Es muy monín... ¡Se le parece á usted mucho!

El extraordinario descubrimiento del doctor norteamericano solamente podrán apreciarlo las inconsolables Artemisas, para cuyo dolor no es bastante alivio ir á llorar ante el mármol *della tomba freda*.

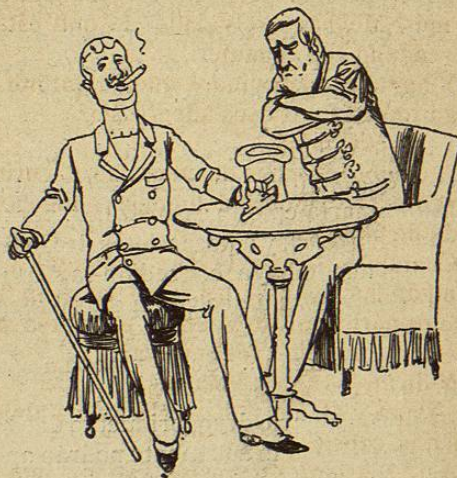
Cooper dice á la desconsolada viuda:

—¡Nada de mármoles que te oculten los restos del ser amado! Desde ahora podrás llorar ante el verdadero marmolillo de tu esposo.

Para los viudos ofrece algunos inconve-

nientes la invención del doctor de Pittsburg.

Supongamos ¡oh lector! que el viudo eres tú, y que tienes encima de un velador el cuerpo de tu difunta, convertida (ó conver-



tido, según te refieras al cuerpo ó al alma) en un objeto de forma más ó menos caprichosa.

Llega un íntimo tuyo, te coge el chisme (y perdona la irreverencia), y distraído, empieza á jugar con él.

Tú sufres, y apenas te atreves á decir al indiscreto:

— ¡Pero, hombre!...

Cae tu íntimo en la cuenta; deja el sagrado objeto encima del velador; y toda la excusa que te da viene á ser esta nueva puñalada:

— Dispensa, Manolo. No volveré á hacerlo más. Me había olvidado de que estaba enredando con tu mujer.

Y agradece ¡oh viudo! que tu íntimo no diga todavía para sus adentros:

— ¡La costumbre!...

A cambio de estas desventajas, el curioso invento contribuirá á amenizar mucho la vida de familia.

Cuando se turbe la paz conyugal y se rompan las hostilidades, será un gran desahogo para marido y mujer arrojarle mutuamente sus suegros respectivos.

Y dirán los niños de la casa:

— Papá y mamá se han tirado los abuelitos á la cabeza.

Así, "parientes y trastos viejos,, que ya eran, según el adagio, cosas análogas, vendrán á ser cosas idénticas.

Y así también, el Rastro se convertirá en la verdadera Necrópolis de Madrid.

No se podrá ir por allí sin hacer á cada paso lo que D. Francisco de Quevedo cuando le servían algún pastel de carne: que rezaba devotamente un Padrenuestro por el alma del difunto.

Irá uno (no un difunto, sino un vivo) á buscar una palmatoria de lance, y al escoger entre dos de ellas, reconocerá en una á un tío, y en otra... á un acreedor.

Muchas emociones son éstas para que las resista gente tan quebrantada por la neurosis como la de fines del siglo XIX.

No por eso es menos admirable el invento de Cooper, ni dejará de tener interesantísimas aplicaciones prácticas.

Las estatuas de los hombres ilustres se harán con sus propios restos; y como el tamaño de las efigies será el del octavo menor, en un solo escaparate (*vitrina*, que dicen los *galicursis*) cabrán ochenta ó cien celebridades, dos de cada especie.

Para los personajes políticos habrá una forma que dar, invariablemente, á la consabida "pequeña masa compacta, inalterable y sin olor, con la apariencia del mármol," y esa forma habrá de ser la de las bolas de billar.

¿Por qué?

Pues por tres razones:

1.<sup>a</sup> Porque siendo, como son, tan embusteros, la forma de "bola," perpetuará su condición personal.

2.<sup>a</sup> Porque esa misma forma recordará también la estúpida redondez de sus cabezas y el poco pelo que con ellos echa el país.

Y 3.<sup>a</sup> Porque así, después de lo que esos personajes juegan en vida con nosotros, tomándonos por mingo, podremos desquitarnos haciendo carambola y palos con sus sagrados restos, ó metiéndolos de un tacazo en la tronera, á falta de mejor tumba.

Enero de 1890.

